

cuales tienen las figuras, que peores tienen los fechos, e que mirasen cuán malos son e de poca valia, que adonde tenemos puestas cruces como las que vieron sus embajadores, con temor dellas no osan pe- rescer delante, y quel tiempo andando lo verán. E lo que agora le pide por merced quisté atento a las palabras que agora le quiere decir. Y luego le dijo, muy bien dado a entender, de la creación del mundo, e como todos somos hermanos, hijos de un padre e de una madre, que se decían Adán y Eva, e como tal hermano, nuestro gran emperador, doliéndose de la perdición de las ánimas, que son muchas las que aquellos sus ídolos llevan al infierno, donde arden a vivas llamas, nos envió para questo que haya oído lo remedio, y no adorar aquellos ídolos ni les sacrihqnen más indios ni indias, pues todos somos hermanos, ni consienta sodomias ni robos. Y más les dijo: quel tiempo andando enviaría nuestro rey y señor unos hombres que entre nosotros viven muy santamente, mejores que nosotros, para que se lo den a entender, porque al presente no venimos más de a se lo notificar, e así se lo pide por merced que lo haga y cumpla. E por que pareció quel Montezuma quería responder, cesó Cortés la práctica, e dijo a todos nosotros que con él fuimos: «Con esto cumplimos, por ser el primer toque.» Y el Montezuma respondió: «Señor Malinche: muy bien tengo entendido vuestras prácticas y razonamientos antes de agora, que a mis criados, antes desto, les dijistes en el Arenal eso de tres dioses y de la cruz, y todas las cosas que en los pueblos por donde habéis venido habéis predicado; no os hemos respondido a cosa ninguna dellas porque desde av entico acá adoramos nuestros dioses y los tenemos por buenos; así deben ser los vuestros, e no os curis más al presente de nos hablar dello; y en eso de la creación del mundo, así lo tenemos nosotros creído muchos tiempos ha padecidos, e a esta causa tenemos por cierto que sois los que nuestros antecesores nos dijeron que verían de adonde sale el sol; e a ese vuestro gran rey yo le soy en cargo y le daré de lo que tuviere, porque, como dicho tengo otra vez, bien ha dos años tengo noticia de capitanes que vinieron con vuestro gran rey, guerra saber si sois decían que eran criados dese vuestro por donde vosotros venistes, y todos unos.» E Cortés le dijo que sí, que todos éramos hermanos y criados de nuestro emperador, e que aquellos vinieron a ver el camino e mares e puertos, para lo saber muy bien y venir nosotros, como venimos. Y declaró el Montezuma por lo de Francisco Hernández de Córdoba e Grijalba, cuando venimos a descubrir la primera vez; y dijo que desde entonces tuvo pensamiento de haber algunos de aquellos hombres que venían, para tener en sus reinos e ciudades para les honrar, e que pues sus dioses les habían cumplido sus buenos deseos, e ya estábamos en su casa, las cuales que se pueden llamar nuestros, que holgásemos y tuviésemos descanso, que allí seríamos servidos; e que si algunas veces nos enviaba a decir que no entrásemos en su ciudad, que no era de su voluntad, sino porque sus vasallos tenían temor, que les decían que echáramos rayos e relámpagos, e con los caballos matabamos muchos indios, y que éramos teules bravos e otras cosas de niñerías; e que agora que ha visto nuestras personas e que somos de hueso e carne y de mucha razón, e sabe que somos muy esforzados, y por estas causas nos tiene en mucha más estima que le habían dicho, e que nos daría de lo que tuviese. Y Cortés e todos nosotros respondimos que se lo teníamos en gran merced tan sobrada voluntad. Y luego el Montezuma dijo ríen-

do, porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor: «Malinche: bien sé que te han dicho esos de Tascala, con quien tanta amistad habéis tomado, que yo soy como dios o teule, e que cuanto hay en mis casas es todo oro e plata y piedras ricas; bien tengo conocido que como sois entendidos, que no lo creíades y lo temades por burla; lo que agora, señor Malinche, veis mi cuerpo de hueso y de carne como los vuestros, mis casas y palacios de piedra e madera e cal; de señor, yo gran rey si soy, y tener riquezas de mis antecesores sí tengo, mas no las locuras e mentiras que de mí os han dicho, así que también lo tenéis por burla, como yo tengo de vuestros truenos y relámpagos. E Cortés le respondió también riendo, e dijo que los contrarios enemigos siempre dicen cosas malas e sin verdad de los que quieren mal, e que bien ha conocido que otro señor, en estas partes, más manífico no le espera ver, e que no sin causa es tan nombrado delante nuestro emperador. E estando en estas prácticas, mandó secretamente Montezuma a un gran cacique, sobrinodomo que traxeran en su compañía, que mandase a sus mayores apartadas para dar a Cortés, e diez cargas de ropa fina, lo cual repartió: el oro y mantas entre Cortés e a los cuatro capitanes, e a nosotros los soldados nos dio a cada uno dos collares de oro, que valdría cada collar diez pesos, e dos cargas de mantas. Valía todo el oro que entonces dio sobre mill pesos, y esto daba con una alegría y semblante de grande e valeroso señor. E porque pasaba la hora más de mercedia y por no le ser más importuno, le dijo Cortés: «Señor Montezuma: siempre tiene por costumbre de echarnos un cargo sobre otro en hacernos cada día mercedes; ya es hora que Vuestra Majestad coma.» Y el Montezuma respondió que antes, por haberle ido a visitar, le hicimos mercedes. E así nos despedimos, con grandes cortesías dél, y nos fuimos a nuestros aposentos, e íbamos practicando de la buena manera e crianza que en todo tenía, e que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato, e con las gorras de armas e dejimoslo aquí e pasemos adelante.

CAPITULO XCI

DE LA MANERA E PERSONA DEL GRAN MONTEZUMA, Y DE CUÁN GRANDE SEÑOR ERA

Era el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años y de buena estatura e bien proporcionado, e cenoso, e pocas carnes, y la color ni muy moreno, sino propia color e matiz de indio, y la los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, e pocas barbas prietas e bien puestas e ralas, y el rostro algo largo e alegre, e los ojos de buena manera, e mostraba en su persona, en el mirar, por un cabo amor e cuando era menester gravedad: era muy polido e limpio, barbábase cada día una vez, a la tarde (1); tenía muchas mujeres por amigas, hijas de señores, puesto que tenía dos grandes sacras por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente que no lo alcanzaban a saber sino alguno de los que le servían. Era muy limpio de sodomias; las mantas y ropas que

(1) Testado en el original: «seera del avemarían».

se ponía un día no se las ponía sino después de cuatro días; tenía sobre docientos principales de su guarda en otras salas junto a la suya, y éstos no para que hablasen todos con él, sino cuál y cuál, y cuando le iban a hablar se habían de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valía, mas habían de ser limpias, y habían de entrar descalzos y los ojos bajos, puestos en tierra, y no miralle a la cara, y con tres reverencias que le hacían e le decían en ellas: «Señor, mi señor, mi gran señora», primero que a él llegasen; y después le daban relación a lo que iban, con pocas palabras les despatchaba; no le volvían las espaldas al despedirse del, sino la cara e ojos bajos en tierra, hacia donde estaba, e no vueltas las espaldas, hasta que salían de la sala. E otra cosa vi: que cuando otros grandes señores venían de lejos tierras a plietos o negocios, cuando llegaban a los aposentos del gran Montezuma habían de venir descalzos e con pobres mantas, y no habían de entrar derecho en los palacios, sino rodear un poco por un lado de la puerta del palacio, que entrar de otra batida teníanlo por descaço. En el comer, le tenían sus cocineros sobre treinta maneras de guisados, hechos a su manera e usanza, y teníanlos puestos en braseros de barro chicos debajo, por que no se enfriasen, e de aquello quel gran Montezuma había de comer guisaban más de trecentos platos, sin más de mill para la gente de guarda; y cuando había de comer salíase el Montezuma algunas veces con sus principales e mayordomos y le señalaban cuál guisado era mejor, e de qué aves e cosas estaba guisado, y de lo que le decían de aquello había de comer, e cuando salía a lo ver eran pocas veces e como por pasatiempo. Oí decir que le solían guisar carnes de mchacos de poca edad, y como tenía tantas diversidades de guisados y de tantas cosas, no lo echábamos de ver si era de carne humana o de otras cosas, porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos e bravos, venado, puerco de la tierra, pájaritos de caña, e palomas y liebres y conejos, y muchas maneras de aves e cosas que se crían en estas tierras, que son tantas que no las acabaré de nombrar tan presto. E así no miramos en ellos; mas sé que ciertamente desde nuestro capitán le reprehendía el sacrificio y comer de carne humana, que desde entonces mandó que no le guisasen tal manjar. Dejemos de hablar en esto y volvámos a la manera que tenía en su servicio al tiempo del comer. Y es desta manera: que si hacía frío, tentante hecho mucha lumbre de ascuas de una leña de cortezas de árboles, que no hacían humo: el olor de las cortezas de que hacían aquellas ascuas es muy oloroso, y por que no le diesen más calor de lo qué querían, ponían delante una como tabla labrada con oro e otras figuras de ídolos, y él sentado en un asentadero bajo, rico e biando, y la mesa también baja, hecha de la misma manera de los sentaderos; e allí le ponían sus manteles de mantas blancas y unos pañizuelos algo largos de lo mismo, y cuatro mujeres muy hermosas e honradas le daban agua a manos en unos como a manera de aguananiles honrados, que llaman xicales; ponían debajo, para recoger el agua, otros a manera de platos, y le daban sus tobajás, e otras dos mujeres le tralan el pan de tortillas. Y ya que encomenzaba a comer echábane delante una como puerta de madera muy pintada de oro, por que no le viesen comer, y estaban apartadas las cuatro mujeres aparte; e allí se le ponían a sus lados cuatro grandes señores viejos e de edad e pie, con quien el Montezuma de cuando en cuando practicaba e pre-

guntaba cosas; y por mucho favor daba a cada uno destes viejos un plato de lo qué más le sabía, e decían que aquellos viejos eran sus deudos muy cercanos e consejeros y jueces de plietos, y el plato y manjar que les daba el Montezuma comían en pie e con mucho acato, y todo sin miralle a la cara. Servíase con barro de Cholula, de uno colorado e otro prieto. Mientras que comía, ni por pensamiento habían de hacer aboroto ni hablar alto los de su guarda, que estaban en las salas, cerca de la del Montezuma. Tratante fruta de todas cuantas había en la tierra, mas no comía sino muy poca de cuando en cuando. Tralan en unas como a manera de copas de oro fino con cierta bebida hecha del mismo cacao; decían que era para tener acoso con mujeres, y entonces no mirábamos en ello; mas lo que yo vi que tralan sobre cincuenta jarros grandes, hechos de buen cacao, con su espuma, y de aquello bebía, y las mujeres le servían al beber con gran acato, y algunas veces al tiempo de comer estaban unos indios cortovidos, muy feros, porque eran chicos de cuerpo e quebrados por medio los cuerpos, que entre ellos eran chocarreros, y otros indios que debían ser truhanes, que le decían gracias, e otros que le cantaban y bailaban, porquel Montezuma era aficionado a placeres y cantares, e aquellos mandaba dar los relieves y jarros del cacao, y las mismas cuatro mujeres alzaban los manteles y le tomaban a dar aguananos, e con mucho acato que le hacían; e hablaba el Montezuma aquellos cuatro principales viejos en cosas que le convenían; y se despedían del con gran reverencia que le tenían; y él se quedaba reposando. Y desde el gran Montezuma había comido, luego comían todos los de su guarda e otros muchos de sus serviciales de casa, y me paresce que sacaban sobre mill platos de aquellos manjares que dicho tengo; pues jarros de cacao con su espuma, para entre mejicanos se hace, mas de dos mill, y fruta infinita. Pues para sus mujeres, y criadas, e panderas, y cachueteras qué gran costo tenía. Dejemos de hablar de la costa y comida de su casa, y digámos de los mayordomos e tesoreros e despensas y botellería, y de los que tenían cargo de las casas adonde tenían el malz. Digo que había tanto queserebí, cada cosa por sí, que yo no sé por donde encomenzar, sino que estábamos admirados del gran concierto e abasto que en todo tenía, y más digo, que se me había olvidado, que es bien tornallo a reclar, y es que le servían al Montezuma, estando a la mesa cuando comía, como dicho tengo, otras dos mujeres muy agraciadas de traer tortillas, amasadas con huevos y otras cosas substanciosas, y eran muy blancas las tortillas, y trahenselas en unos platos cobijado con sus paños limpios, y también le tralan otra manera de pan, que son como bollos largos hechos y amasados con otra manera de cosas substanciales, y pan rajol, que en esta tierra así se dice, ques a manera de unas oblas; también le ponían en la mesa tres cantitos muy pintados y dorados, y dentro tenían líquidámbar arrevuelto con unas yerbas que se dice labaco, e cuando acababa de comer, después que le habían bailado y cantado y alzado la mesa, tomaba el humo de uno de aquellos cantitos, y muy poco, y con ello se adornía. Dejemos ya de decir del servicio de su mesa, y volvámos a nuestra relación. Acuérdome que era en aquel tiempo su mayordomo mayor un gran cacique, que le pusimos por nombre Tapia, y tenía cuenta de todas las rentas que le tralan al Montezuma con sus libros, hechos de su papel, que se dice anal, y tenía destes libros una gran casa de ellos. Dejemos de hablar de los libros y cuentas, pues va fuera de nuestra relación, y digámos

cómo tenía Montezuma dos casas llenas de todo género de armas, y muchas dellas ricas, con oro y pedrería, donde eran rodeadas grandes y chicas, y unas como macanas, y otras a manera de espadas de a dos manos, engastadas en ellas unas navajas de pedernal, que cortan muy mejor que nuestras espadas, e otras lanzas más largas que no las nuestras, con una braza de cuchilla, engastadas en ellas muchas navajas, que aunque den con ellas en un broquel o rodea no saltan, e tenía muy buenos arcos y flechas, y varas de a dos manos, y otras de a uno, con sus tiraderas, y muchas hondas y piedras rollizas hechas a mano, y unos como paveses que son de arte que las pueden arrollar arriba cuando no pelean, porque no les estorbe, y al tiempo del pelear, cuando son menester, las dejan caer e quedan cubiertos sus cuerdas de arriba abajo. También tenía muchas armas de algodon coloradas y ricamente labradas por de fuera de plumas de muchos colores, a manera de divisas e invinciones, y tenían otros como capacetes y cascos de madera y de hueso, también muy labrados de pluma por de fuera, y tenían otras armas de otras hechuras que por excusar prolijidad lo dejo de decir, y sus oficiales, que siempre labraban y Dejemos esto y vamos a la casa de aves, y por fuerza he me detener en contar cada género de qué calidad eran. Digo que desde águilas reales y otras águilas más chicas e otras muchas maneras de aves de grandes cuerpos, hasta pajaritos muy chicos, pintados de diversos colores, también donde hacen aquellos ricos plumajes que labran de plumas verdes, y las aves destas plumas son el cuerpo dellas a manera de las picacas que hay en nuestra España; llámase en esta tierra quezales; y otros pájaros que tienen la pluma de cinco colores, que es verde y colorado y blanco y amarillo y azul; éstos no sé cómo se llaman. Pues papagayos de otras diferenciadas colores tenía tantos que no se me acuerdan los nombres dellos; dejemos patos de buena pluma y otros mayores, que les querían parecer, y de todas estas aves les pelaba las plumas en tiempos que para ello era conveniente, y tomaban a pelear, y todas las más aves que dicho tengo criaban en aquella casa, y al tiempo del encoclar tenían cargo de les echar sus huevos ciertos indios e indias que miraban por todas las aves e de alimentarles sus nidios y dárles de comer, y esto a cada género de ave había un gran estanque de agua dulce, y tenía en él otra manera de aves muy altas de zancas y colorado todo el cuerpo y alas y cola, no sé el nombre dellas, mas en la isla de Cuba las llamaban Ipiris e otras como ellas; y también en aquel estanque había otras muchas raleas de aves que siempre estaban en el agua. Dejemos esto y vamos a otra gran casa donde tenían muchos ídolos y decían que eran sus dioses bravos, y con ellos género de alimañas, de tigres y leones de otros bravos, unos que son de hechura de lobos, que en esta tierra se llaman adives y zorros, y otras alimañas chicas, y todas estas carniceras se mantenían con carne, y las más dellas criaban en aquellas casas, y las daban de comer vendados, gallinas, perrillos y otras cosas que cazaban; y aun of decir que cuerpos de indios de los que sacrificaban. Y es desta manera: que ya me habrán oído decir que cuando sacrificaban algún triste indio, que le aserraban con unos navajones de pedernal por los pechos, y bulliendo le sacaban el corazón y sangre y lo presentaban a sus ídolos en cuyo nombre hacían aquel sacrificio

y luego les cortaban los muslos y brazos y cabeza, y aquello comían en fiestas y banquetes, y la cabeza colgaban de unas vigas, y el cuerpo del sacrificado no llegaban a él para le comer, sino dábanlo a aquellos bravos animales. Pues más tenían en aquella maldita casa muchas víboras y culebras emponzoñadas, que traen en la cola uno que suena como cascabeles; éstas son los peores víboras de todas, y teníanlas en unas tinajas y en cantaros grandes, y en ellas mucha pluma, y allí ponían sus huevos y criaban sus víboreznos; y les daban a comer de los cuerpos de los indios que sacrificaban y otras carnes de perros de los que ellos solían criar; y aun tuvimos por cierto que cuando nos echaron de Méjico e nos mataron sobre ochocientos de nuestros soldados, que de los muertos mantuvieron muchos días aquellas fieras alimañas y culebras, según diré en su tiempo y sazón; y aquestas culebras y alimañas tenían ofrecidos aquellos sus ídolos bravos para que tuviesen en su compañía. Digamos agora las cosas infernales, cuando quemaban los tigres y leones, y auñaban los adives y zorros, y silaban las sierpes, era grima ojillo, y parecía infierno. Pasemos adelante y digamos de los grandes oficiales que tenía de cada oficio que entre ellos se usaban. Comencemos por lapidarios y plateros de oro y plata y todo varisadizo, que en nuestra España los grandes plateros tienen que mirar en ellos, y éstos tenía tantos y tan primos en un pueblo que se dice Escapuzalco, una legua de Méjico. Pues labrar las finas y chalcitivis, que son como esmeraldas, otros muchos grandes maestros. Vamos adelante a los grandes oficiales de asentar de plumas y pintores y entalladores muy sublimados, que por lo que agora hemos visto la obra que hacen, tenemos consideración en lo que entonces labraban: que tres indios hay agora en la ciudad de Méjico tan primos en su oficio de entalladores y pintores, que se dicen Marcos de Aquino y Joan de la Cruz, y el Crespillo, que si fueran en el tiempo de aquel antiguo o afamado Apetes, o de Micael Angel, o Berruete, que son de nuestros tiempos, también les pusieran en el número dellos. Pasemos adelante y vamos a las indias teledoras o banderas, que le hacían tanta multitud de ropa fina con muy grandes labores de plumas. De donde más cotidianamente le traían era de unos pueblos y provincia que está en la costa del norte de cabe la Veracruz, que se decían Colastán, muy cerca de San Juan de Ulúa, donde desembarcamos cuando vinimos con Cortés. E en su casa del mismo gran Montezuma todas las hijas de señores qué tenía por amigos siempre tejían cosas muy primas, e otras muchas hijas de vecinos mejicanos, que estaban como a manera de recogimiento, que querían parecer monjas, también tejían, y todo de pluma. Estas monjas tenían sus casas cerca del gran cu del Vichilobos, y por devoción suya o de otro ídolo de mujer, que decían que era su abogada para casamientos, las metían sus padres en aquella religión hasta que se casaban, y de allí las sacaban para las casar. Pasemos adelante y digamos de la gran cantidad que tenía el gran Montezuma de bailarines y danzadores, e otros que traen un palo con los pies, y de otros que vechan cuando bailan por alto, y de otros que parecen como machichines, y éstos eran para darle placer. Digo que tenía un barrio de éstos que no entendían en otra cosa. Pasemos adelante e digamos de los oficiales que tenía de canteros e albanites, carpinteros, que todos entendían en las obras de sus casas; también digo que tenía tantas cuantas quería. No olvidemos las huertas de flores y árboles olorosos, y de los muchos géneros que dellos tenía, y el concierto y

paseaderos dellas, y de sus albercas e estanques de agua dulce; cómo viene el agua por un cabo e va por otro, e de los baños que dentro tenía, y de la diversidad de paritorios chicos que en los árboles criaban, y de qué yerbas medicinales y de provecho que en ellas tenía era cosa de ver, y para todo esto muchos hortelanos, y todo labrado de canchales e muy encañado, ansi baños como paseadores, y otros retretes e apartamentos como cenaderos, y también adonde bailaban e cantaban; e había tanto que mirar en esto de las huertas como en todo lo demás, que no nos hartáramos de ver su gran poder; e así, por el consiguiente, tenía cuantos oficios entrellos se usaban de todos gran cantidad de indios maestros dellos. E porque yo estoy harto describir sobre esta materia y más lo estarán los curiosos lectores, lo dejaré de decir, e diré cómo fue nuestro Cortés con muchos de nuestros capitanes e soldados a ver el Tutelulco, que es la gran plaza de Méjico, y subimos en alto en donde estaban sus ídolos Tezcatlipuca y su Vichilobos. E esta fue la primera vez que nuestro capitán salió a ver la ciudad, y lo que en ello más pasó.

CAPITULO XCII

CÓMO NUESTRO CAPITÁN SALIÓ A VER LA CIUDAD DE MÉJICO Y EL TATELULCO, QUE ES LA PLAZA MAYOR, Y EL GRAN CU DE SU VICHILOBOS, Y LO QUE MÁS PASÓ

Como había ya cuatro días que estábamos en Méjico y no salía el capitán ni ninguno de nosotros de los aposentos, ceceo a las cosas e huertas, nos dijo Cortés que sería bien ir a la plaza mayor y ver el gran adoratorio de su Vichilobos, y que quería enviallo a decir al gran Montezuma que lo tuviese por bien. Y para ello envió por mensajero a Jerónimo de Aguilár e a doña Marina, e con ellos a un papelico de nuestro capitán que entendía ya algo la lengua, que se decía Ortegulla. Y el Montezuma como lo supo envió a decir que fuésemos mucho en buen hora, y por otra parte temió no le fuésemos a hacer algún deshonra en sus ídolos, y acordó de ir él en persona con muchos de sus principales, y en sus ricas andas salió de sus palacios hasta la mitad del camino; cabe unos adoratorios se apeó de las andas porque tenía por gran deshonra de sus ídolos ir hasta su casa e adoratorio de aquella manera, y llevábale del brazo grandes principales; iban adelante del señores de vasallos, e llevaban delante dos bastones como ceños alzados en alto, que era señal que iba allí el gran Montezuma, y cuando iba en las andas llevaba una varita medio de oro y medio de palo, levantada, como vara de justicia. Y así se fue y subió en su gran cu, acompañado de muchos papas, y comenzó a sahumar y hacer otras ceremonias al Vichilobos. Dejémos al Montezuma, que ya había ido adelante, como dicho tengo, y volvamos a Cortés y a nuestros capitanes y soldados, que como siempre teníamos por costumbre de noche y de día estar armados, y así nos vía estar el Montezuma cuando le íbamos a ver, no lo tenía por cosa nueva. Dijo esto porque a caballo nuestro capitán con todos los demás que tenían caballo, y la más parte de nuestros soldados muy apercebidos, fuimos al Tutelulco. Iban muchos caciques quel Montezuma envió para que nos acompañasen; y desde llegamos a la gran plaza, que se dice el Tatelulco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían. Y los principales que iban

con nosotros nos lo iban mostrando; cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas y plumas y mantas y cosas labradas y otras mercaderías de indios esclavos y esclavas; digo que tratan tantos dellos a vender aquella gran plaza como traen los portugueses los negros de Guinea, e tratanlos atados en unas varas largas con colleras a los pescuezos, por que no se les huyesen, y otros dejaban sueltos. Luego estaban otros mercaderes que vendían ropas más hasta y algodón e cosas de hilo torcido, y cacahueteros que vendían cacao, y desta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva España, puesto por su concierto de la manera que hay en cada calle están sus mercaderías por sí; así estaban en esta gran plaza, y los que vendían mantas de herequén y sogas y cotas, que son los zapatos que calzan y hacen del mismo árbol y raíces muy dulces cosidas, y otras rebusterías que sacan del mismo árbol, todo estaba en una parte de la plaza en su lugar señalado, y cueros de tigres, de leones y de nutrias, y de adives y de venados y de otras animales e leones e gatos monteses, dellos adobados y otros sin adobar delante y digamos de los que vendían frijoles y chí y otras legumbres e yerbas a otra parte. Vamos a los que vendían gallinas, gallos de pabada, conejos, liebres, venados y anadones, perrillos y otras cosas deste arte, a su parte de la plaza. Digamos de las fruterías, de las que vendían cosas cocidas, mazamorretas y malcocinado, también a su parte. Pues todo género de loza, hecha de mil maneras, desde tinajas grandes y jarrillos chicos, quedaban por sí aparte; y también los que vendían miel y melcochas y otras golosinas que hacían como nuegados, todo por sí. Vamos a los que vendían leña acote, e otras cosas desta manera. Qué quieren más que diga que, hablando con acato, también vendían muchas canoas llenas de yenda de hombres, que tenían en los esteros cerca de la plaza, y esto era para hacer sal o para cortar cueros, que sin ella dicen que no se hacía buena. Bien tengo entendido que algunos señores se reírán desto; pues digo que así: y más digo que tenían por costumbre que en todos los caminos tenían hechos de canas o pajas o yerbas, por que no los vieses los que pasasen por ellos; allí se metían si tenían ganas de purgar los vientres, por que no se les perdiese aquella suciedad. Para qué gasto yo tantas palabras de presto de contar por menudo todas las cosas, sino que papel, que en esta tierra llaman amal, y unos cañutos de olores con líquidambar, he por sí; e vendían mucha grana debajo los portales quedaban en aquella gran plaza. Había muchos herbolarios y mercaderías de otra manera, y tenían allí sus casas, adonde juzgaban tres jueces y otros como aljagaciles ejecutores que miran las mercaderías. Olvidádoseme había la sal y los que hacían navatas de pederal, y de cómo las sacaban de la misma piedra. Pues pescaderías y otros que vendían unos panecillos que hacen de uno como jama que cogen de aquella gran laguna, que se cueja y hacen panes dello que tienen un sabor a manera de queso; y vendían hechas de latón y cobre y estaño, y jícaras, y unos jíaros muy pintados de madera hechos. Ya quería haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendían, porque eran tantas de diver-

sas y calidades, que para que lo acabáramos de ver e inquirir, que como la gran plaza estaba llena de tanta gente y toda cercada de portales, en dos días no se viera todo. Y fuimos al gran cu, e ya que íbamos cerca de sus grandes patios, e antes de salir de la misma plaza estaban otros muchos mercaderes, que, según dijeron, eran de los que traían a vender oro en granos como lo sacan de las minas, metido el oro en unos canutillos delgados de los de ansarones de la tierra, e así blancos por que se pareciese el oro por de fuera: y por el largor y gordor de los canutillos tenían entrellos su cuenta que tantas mantas o qué xiquipiles de cacao valia, o qué esclavos o otra cualquiera cosa a que lo trocaban. E así dejamos la gran plaza sin más la ver y llegamos a los grandes patios y cercas donde está el gran cu: y tenía antes de llegar a él un gran cercado de patios, que me parecían que eran más que la plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas alrededor de calcicanto, e el mismo patio y sito todo empedrado de piedras grandes de losas blancas y muy lisas, e adonde no había de aquellas piedras estaba encajado y bruñido y todo muy limpio, que no hallaran una paja ni polvo en todo él. Y desde llegamos cerca del gran cu, antes que subiésemos ninguna grada dél envié el gran Montezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificios, seis papas y dos principales para que acompañasen a nuestro capitán, e al subir de las gradas, que eran ciento y catorce, le iban a tomar de los brazos para le ayudar a subir, creyendo que se cansaría, como ayudaban a su señor Montezuma, y Cortés no quiso que llegasen a él. Y desde que subimos a lo alto del gran cu, en una placeta que arriba se hacía, adonde tenían un espacio como andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras, adonde ponían los tristes indios para sacrificar, e allí había un gran bullo de como dragón, e otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día. E así como llegamos salió el Montezuma de un adoratorio, adonde estaban sus malditos ídolos, que era en lo alto del gran cu, y vinieron con él dos papas, y con mucho acato que hicieron a Cortés e a todos nosotros, le dijo: «Cansado estaréis, señor Malinche, de subir a este nuestro gran templo.» Y Cortés le dijo con nuestras lenguas, que iban con nosotros, que él ni nosotros no nos cansábamos en cosa ninguna. Y luego le tomé por la mano y le dije que mirase su gran ciudad y todas las más ciudades que había dentro en el agua, e otros muchos pueblos alrededor de la misma laguna en tierra, y que si no había visto muy bien su gran plaza, que desde allí la podría ver muy mejor, e así lo estuvimos mirando, porque desde aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo lo señorcaba muy bien; y de allí vimos las tres calzadas que entran en Méjico, que la de Itzapalapa, que fue por la que entramos cuatro días hacía, y la de Tacuba, que fue por donde después salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, cuando Cuexilvaca, nuevo señor, nos echó de la ciudad, como adelante diremos, y la de Tepeaquilla. Y víamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, las puentes que tenían hechas de trecho a trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna de una parte a otra: e víamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos e otras que volvían con cargos y mercaderías: e víamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las más ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o en canoas; y víamos en aquellas ciudades cues y adoratorios a manera

de torres e fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azoteas, y en las calzadas otras torrecillas e adoratorios que eran como fortalezas. Y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tomamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando e otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí habla sonaba más que de una legua, e entre nosotros hobo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, e en Constantinopla e en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño e llena de tanta gente no la habían visto. Dejemos esto y volvámos a nuestro capitán, que dijo a fray Bartolomé de Olmedo, ya otras veces por mí memorado, que allí se halló: «Páreseme, señor padre, que será bien que demos un tiento a Montezuma será bien, si aprovechase: mas que le pareciera que no era cosa conveniente hablar en tal tiempo; que no veía al Montezuma de arte que doña Marina, la lengua: «Muy gran señor es Vuestra Magestad, y de lo que os pido por merced, que pues queremos aquí, en este nuestro templo, que nos mostréis vuestros dioses y tientos.» Y el Montezuma dijo que primero hablaría con sus grandes papas. Y luego que con ellos hobo hablado dijo que entrásemos en una torrecilla e apartáramos a manera de sala, donde estaban dos como altares, con muy ricas lablazonas encima del techo, e en cada altar estaban dos bulbos, como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos, y el primero, que estaba a mano derecha, decían que era el de Vichilobos, su dios de la guerra, y tenía la cara y rostro muy ancho y los ojos distorñados e espantables; en todo el cuerpo tanta de la pedrería e oro y perlas e aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como raíces, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno dello, y ceñido el cuerpo unas a manera de grandes culebras hechas de oro e pedrería, e en una mano tenía un arco e en otra unas flechas. E otro ídolo pequeño que allí cabél estaba, que decían que era su padre, le tenía una lanza no larga y una rodela muy rica de oro e pedrería; e tenía puestos al cuello el Vichilobos unas caras de indios y otros como corazones de los mismos indios, y éstos de oro y dellos de plata, con mucha pedrería azules e corazones de indios que aquel día habían sacrificado e se quemaban, y con el humo y copal le habían hecho aquel sacrificio. Y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañado y negro de cosas de sangre, y así mismo el suelo, que todo hedía muy malamente. Luego vimos a otra parte, de la mano izquierda, estar el otro gran bullo del altar del Vichilobos, y tenía un rostro como de oso, e unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice tezcatl, y el cuerpo con ricas piedras pegadas según y de la manera del otro su Vichilobos, porque, según decían, entranbos eran hermanos, y este Tzacatepuca era el dios de los infernos, y tenía cargo de las ánimas de chicos, y las colas dellos como sierpes, y tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado dello, como en los maderos de Castilla no había tanto hedor. E allí le tenían presentado cinco corazones de aquel día sacrificados, y en lo más alto de todo el cual estaba otra concavidad muy ricamente labrada la madera della, y esta-

ba otro bulto como de medio hombre y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas y la mitad del enmantado. Éste decían quel cuerpo dél estaba lleno de todas las semillas de haba en toda la tierra, y decían que era el dios de las sembrerías y frutas; no se me acuerda el nombre, y todo estaba lleno de sangre, así parades como altar, y era tanto el hedor, que no víamos la hora de salirnos afuera. Y allí tenían un atamboor muy grande en demasia, que cuando le tañían el sonido dél era tan triste y de tal manera como dicen estruimento de los infernos, y más de dos leguas de allí se oía; decían que los cueros de aquel atamboor eran de sierpes muy grandes. E en aquella placeta tenían tantas cosas muy diabólicas de ver, de bocinas y trompetillas y navajones, y muchos corazones de indios que habían quemado, con que sahumaron a aquellos sus ídolos, y todo cuajado de sangre. Tenían tanto, que los doy a la maldición; y como todo hedía a carneceña, no víamos la hora de quitarnos de tan mal hedor y peor vista. Y nuestro capitán dijo a Montezuma, con nuestra lengua, como medio riyendo: «Señor Montezuma: no sé yo cómo un tan gran señor e sabio varón como Vuestra Magestad es no haya colegido en su pensamiento cómo no son estos vuestros ídolos dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos, y para que Vuestra Magestad lo conozca y todos sus papas lo vean claro, haceme una merced: que hayáis por bien que en lo alto de esta torre pongamos una cruz, e en una parte destes adoratorios, donde están vuestros Vichilobos e Tezcalepuca, haremos un apartado donde pongamos una imagen de Nuestra Señora (la cual imagen ya el Montezuma la había visto), y veréis el temor que dello tienen esos ídolos que os tienen engañados.» Y el Montezuma respondió medio enojado, y dos papas que con él estaban mostraron malas señales, y dijo: «Señor Malinche: si tal deshonor como has dicho creyera que habías de decir, no te mostrara mis dioses. Augustos tenemos por muy buenos, y ellos nos dan salud y aguas y buenas sembrerías e temporales y victorias cuantas queremos, e temerosos de adorar y sacrificar: lo que os ruego es que no se diga otras palabras en su deshonor.» Y después de aquello lo oyó nuestro capitán y tan alterado, no le replicó más en ello, y con cara alegre le dijo: «Hora es que Vuestra Magestad y nosotros nos vamos.» Y el Montezuma respondió que era bien; e que porqué tenía que rezar e hacer cierto sacrificio en recompensa del gran tatacui, que quiere decir pecado, que había hecho en dejarnos subir en su gran cu, e ser causa de que nos dejase ver sus dioses, e del deshonor que les hicimos en decir mal dellos, que antes que se fuese lo habla de rezar e adorar. Y Cortés le dijo: «Pues que así es, perdona, señor.» E luego nos baltamos las gradas abajo, y como eran ciento y catorce e algunos de nuestros soldados estaban malos de huelas o humores, les dolieron los muslos del abajar. Y dejare de hablar de su adoratorio y diré lo que me parece del circuito y manera que tenía, y si no lo dijere tan al natural como era, no se maravillen, porque en aquel tiempo tenía otro pensamiento de entender en lo que traximos entre manos, que es en lo militar y en lo que mi capitán me mandaba, y no en hacer relaciones. Volvamos a nuestra materia. Párceme que el circuito del gran cu sería de seis grandes solares de los que dan en esta tierra, y desde abajo hasta arriba, estaba una torreçilla, e allí estaban sus ídolos, va estrechando, y en medio del alto cu, hasta lo más alto dél, van cinco concavidades a manera de barbancas y descubiertas, sin mamparos. Y porque hay muchos cues pintados en reposteros de conquistadores, e en uno que yo tengo, que cualquiera dellos a

quien los han visto podrán colegir la manera que tenían por de fuera; mas lo que yo vi y entendí, e dello hobo fama en aquellos tiempos que fundaron aquel gran cu, en el cimiento dél habían ofrecido de todos los vecinos de aquella gran ciudad oro y plata e aljófar e piedras ricas, e que le habían bañado con mucha sangre de indios que sacrificaron, semillas que habla en las guerras, y de toda manera de diversidad de rias e riquezas y muchos frutos. Dirán agora algunos letores muy curiosos que cómo pudimos alcanzar a saber que en el cimiento de aquel gran cu echaron oro y plata e piedras de chalchivis ricas y semillas, y sobre mill años que se fabricó y se hizo. A esto doy por respuesta que desde ganamos aquella fuerte e gran ciudad y se repartieron los solares, que luego propusimos que en aquel gran cu habíamos de hacer la iglesia de nuestro patrón e guador señor Santiago, e cupo mucha parte de la del solar del alto cu para el solar de la santa iglesia de aquel cu de Vichilobos, y cuando abrían los cimientos para hacellos y más fijos, hallaron mucho oro y plata e chalchivis y perlas e aljófar y otras piedras; e ansimismo a un vecino de Méjico, que le cupo otra parte del mismo solar, halló lo mismo, y los oficiales de la Hacienda de Su Magestad demandaban por de Su Magestad, que les venia de derecho, y sobrello hobo pleito, e no se me acuerda lo que pasó, mas que se informaron de los caciques y principales de Méjico y Guatenuz, que entonces era vivo, e dijeron que verdad que todos los vecinos de Méjico de aquel tiempo echaron en los cimientos aquellas joyas y todo lo demás, e que así lo tenían por memoria en sus libros y pinturas de cosas antiguas, e por esta causa aquella riqueza se quedó para la obra de la santa iglesia de S. Santiago. Dejemos desto y digamos de está agora señor Santiago, que se dice el Tataticuco, porque así se solía llamar. Ya he dicho que tenían dos cercas de calcanito antes de entrar dentro, e que era empedrado de piedras blancas como lossas, y muy encajado y bruhido y limpio, y sería de tanto compás y tan ancho como la plaza de Salamanca; y un poco apartado del gran cu estaba otra torreçilla que también era casa de ídolos o puro inferno, por que tenía a la boca de la una puerta una muy espantable boca de y grandes cornillos para tragar las ánimas; e ansimismo estaban unos bultos de diablos y cuerpos de sierpes junto a la puerta, y tenían unos poco apartado un sacrificador, y todo ello muy ensangrentado y negro de humo e costras de sangre, y tenían muchas ollas grandes y cernidos y tinajas dentro en la casa llenas de agua, que era allí donde los papas, porque también tenían cabe el sacrificador muchos navajones y unos tajos de madera, como en los que cortan carne en las carnescerías, y ansimismo detrás de aquella maldita casa, bien apartado de ella, estaban unos grandes rimeros de jeña, y no muy lejos una gran alberca de agua, que se hincha y vaciaba, que le venia por su cabo encubierto de lo que entraba en la ciudad de Chapultepec; yo siempre la llamaba aquella casa el inferno. Pasemos adelante del pájaro, y vamos a otro cu, donde era enterramientos de grandes señores miguanos, que también tenía otros muchos ídolos, y todo lleno de sangre e humo, y tenía otras puertas y figuras de inferno; y luego junto de aquel cu estaba otro lleno de calaveras e zancarrones, puestos con

gran concierto, que se podían ver mas no se podrían contar, porque eran muchas, y las calaveras por sí y los zancarrones en otros rimeros; e allí había otros ídolos, y en cada casa o cu y adoratorio que he dicho estaban papas con sus vestiduras largas de mantas prietas y las capillas largas asimismo, como de dominicos, que también tiraban un poco a las de los canónigos, y el cabello muy fargo y hecho que no se puede despartir ni desenredar, y todos los más sacrificadas las orallas, e en los mismos cabellos mucha sangre. Pasemos adelante que había otros cues apartados un poco, donde estaban las calaveras, que tenían otros ídolos y sacrificios de otras malas pinturas, e aquellos ídolos decían que eran abogados de los casamientos de los hombres. No quiero detenerme más en contar de ídolos, sino solamente diré que alrededor de aquel gran patio había muchas casas e no altas, e eran adonde pasaban e residían los papas e otros indios que tenían cargo de los ídolos, y también tenían otra muy mayor alberca o estanque de agua, y muy limpia, a una parte del gran cu; era dedicada solamente para el servicio del Vichilobos. Tezcatepuca, y entraba el agua en aquella alberca por caños encubiertos que venían de Chapultepec. E allí cerca estaban otros grandes aposentos a manera de monasterio, adonde estaban recogidas muchas hijas de vecinos mejicanos, como monjas, hasta que se casaban; y allí estaban dos bultos de ídolos de mujeres, que eran abogadas de los casamientos de las mujeres, e aquellas sacrificaban y hacían fiestas para que les diesen buenos maridos. Mucho me he detenido en contar de este gran cu del Tatlulco y sus patios, pues digo era el mayor templo de todo Méjico, porque había tantos e muy sumtosos, que entre cuatro o cinco perrochas o barrios tenían un adoratorio y sus ídolos; y porque eran muchos e yo no sé la cuenta de todos, pasaré adelante y diré que, en Cholula, el gran adoratorio que en él tenían era de mayor altor que no el de Méjico, porque tenía ciento y veinte gradás, y, según decían, el ídolo de Cholula tenía por bueno e iban a él en romería de todas partes de la Nueva España a ganar perdones, e a esta causa le hicieron tan sumtoso cu; mas era de otra hechura que el mejicano, e asimismo los patios muy grandes e con dos cercas. También digo que el cu de la ciudad de Tezcucó era muy alto de ciento y diez y siete gradás, y los patios anchos y buenos e hechos de otra manera que los demás, y una cosa de reir es que tenían en cada provincia sus ídolos, y los de la una provincia o ciudad no aprovechaba a los otros, e así tenían infinitos ídolos e a todos sacrificaban. Y después que nuestro capitán y todos nosotros nos cansamos de andar y ver tantas diversidades de ídolos y sus sacrificios, nos volvimos a nuestros aposentos, y siempre muy acompañados de principales y caciques que Montezuma enviaba con nosotros. Y quedarse ha aquí, y diré lo que más hicimos.

CAPITULO XCIII

CÓMO HICIMOS NUESTRA IGLESIA E ALTAR EN NUESTRO APOSENTO, Y UNA CRUZ FUERA DEL APOSENTO, Y LO QUE MÁS PASAMOS, E HALLAMOS LA SALA Y RECÁMARA DEL TESORO DEL PADRE DEL MONTEZUMA, Y DE CÓMO SE ACORDÓ PRENDER AL MONTEZUMA

Como nuestro capitán Cortés y el fraile de la Merced vieron que Montezuma no tenía voluntad que en el cu de su Vichilobos pusésemos la cruz ni hiciésemos iglesia, y porque desde que entramos en

aquella ciudad de Méjico, cuando se decía misa hacíamos un altar sobre mesas y le tomaban a quitar, acordóse que demandásemos a los mayores del gran Montezuma albahires para que nuestro aposento hicésemos una iglesia, y los mayores dijeron que se lo harían saber al Montezuma. Y nuestro capitán envió a decirselo con doña Marina e Aguiar y con Ortegulla, su paje, que entendía ya algo la lengua, y luego dio licencia y mandó dar todo recaudo. E en dos días tentamos nuestra iglesia hecha y la santa cruz puesta delante de los aposentos, e allí se decía misa cada día hasta que se acabó el vino, que como Cortés y otros capitanes y el fraile estuvieron malos cuando las guerras de Tascala, dieron prieta al vino que tenían para misa, y desde se acabó cada día estábamos en la iglesia rezando de rodillas delante del altar e imágenes; lo uno, por lo que éramos obligados a cristianos e buena costumbre, y lo otro, porque Montezuma y todos sus capitanes lo viesan y se inclinassen a ello, y porque viesan el adorar e vernos de rodillas delante de la cruz, especial cuando íbamos el Ave María. Pues estando quedábamos en aquellos aposentos, como somos de tal calidad y todo lo trascendemos e queremos saber, cuando miráramos a dónde mejor e más conveniente parte habíamos de hacer el altar, dos de nuestros soldados, que uno dellos era carpintero de lo blanco, que se decía Alonso Yáñez, vio en una pared como señal que había sido puerta, e estaba cerrada y muy bien encalada e brumida, y como había fama y tentamos relación que en aquel aposento tenía Montezuma el tesoro de su padre Axayaca, sospechóse que estaría en aquella sala que estaba de pocos días cerrada y encalada, y el Yáñez le dijo a Juan Velázquez de León y a Francisco de Lugo, que eran capitanes y aun deudos míos y el Alonso Yáñez se allegaba en compañía como criado; e aquellos capitanes se lo dijeron a Cortés, y secretamente se abrió la puerta. Y desde que fue abierta y Cortés con ciertos capitanes entraron primero dentro y vieron tanto número de joyas de oro e en planchas, y tejuelos muchos y piedras de chalcivivis y otras muy grandes riquezas, quedaron enlevados y no supieron qué decir de tanta riqueza. Y luego lo supimos entre todos los demás capitanes y soldados y lo entramos a ver muy secretamente; e desde yo lo vi, digo que me admiré, e como en aquel tiempo era manco y no había visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto que en el mundo no se debieran haber otras tantas. E acordóse por todos nuestros capitanes e soldados que ni por pensamiento se tocasse en cosa ninguna dellas, sino que la misma puerta se tomase luego a poner sus piedras y se cerrasse, y encalóse de la manera que la hallamos, y que hasta ver otro tiempo. Dejemos esto desta riqueza y digamos que como tentamos tan esforzados capitanes y soldados y de muchos buenos consejos y pareceres, y primeramente Nuestro Señor Jesucristo ponía su divina mano en todas nuestras cosas, y así lo tentamos por cierto, apartaron a Cortés en la iglesia cuatro de nuestros capitanes, y juntamente doce soldados de quien él se faba y comunicaba, y uno dellos, y le dijimos que mirase la red y garlito donde estábamos y la gran fortaleza de aquella ciudad, y mirase las puertas y calzadas y las palabras y avisos que por todos los pueblos por donde hemos venido nos han dado que había aconsejado el Vichilobos a Montezuma que nos dexase entrar en su ciudad e que allí nos matarían, y que mirase que los corazones de los hombres que son muy mudables, en especial en los indios, y que no tuviese confianza de la buena voluntad

y amor que Montezuma nos muestra, porque de una hora a otra hora la mudaría, cuando se le antojase darnos guerra, que con quitarnos la comida o el agua o alzar cualquiera puente, que no nos podríamos valer, e que mire la gran multitud de indios que tiene de guerra en su guarda, e que qué podríamos nosotros hacer para ofendellos o para defendernos, porque todas las casas tienen en el agua. Pues socorros de nuestros amigos de los de Tascalá por donde han de entrar. Y pues es cosa de ponderar todo esto que le decíamos, que luego sin más dilación prendiésemos al Montezuma, si queríamos asegurar nuestras vidas, y que no se aguardase para otro día, y que mirase que con todo el oro que nos daba Montezuma, ni el que habíamos visto en el tesoro de su padre Axayaca, ni con cuanto comida comíamos, que todo se nos hacía rejalgar en el cuerpo, e que de noche ni de día no dormíamos ni reposábamos con aqueste pensamiento, e que si otra cosa algunos de nuestros soldados mentos que esto que le decían sintiesen, que serían como bestias que no tenían sentido, que se están al diluzor del oro, no viendo la muerte al ojo. Y desquesto oyó Cortés, dijo: «No creáis, caballeros, que duermo ni estoy sin el mismo cuidado, que bien me lo habréis sentido: mas ¿qué poder tenemos nosotros para hacer tan grande atrevimiento, prender a tan gran señor en sus mismos palacios, teniendo sus gentes de guarda y de guerra? ¿Qué manera o arte se puede tener en querello poner por efecto que no apellide sus guerreros y luego nos combatan?» Y replicaron nuestros capitanes, que fue Juan Velazquez de León, y Diego de Ordaz, y Gonzalo de Sandoval, y Pedro de Alvarado, que con buenas palabras sacalle de su sala y traello a nuestros aposentos, y decille que ha de estar preso, que si se altera o diere voces que lo pagará su persona, y que si Cortés no lo quiere hacer luego, que les dé licencia, que ellos lo porrán por la obra, y que de dos grandes peligros en que estamos, quel mejor y más a propósito es prendelle e no aguardar que nos diese guerra, que si la comenza, que remedio podíamos tener. También le dijeron ciertos soldados que nos parecía que los mayordomos de Montezuma que servían en darnos bastimentos se desvergonzaban y no los tratan cumplidamente como los primeros días, y también dos indios tascaltecas, nuestros amigos, dijeron secretamente a Jerónimo de Aguilar, nuestra lengua, que no les parecía bien la voluntad de los mejicanos de dos días atrás: por manera questuvimos platicando en este acuerdo bien un hora si le prenderíamos o no y qué manera teríamos; y a nuestro capitán bien se le encasó este postre consejo; y dehámoslo para otro día que en todo caso le habíamos de prender, y aun toda la noche estuvimos rogando a Dios que lo encaminase para su santo servicio. Después destas pláticas, otro día por la mañana vinieron dos indios de Tascalá y muy secretamente con unas cartas de la Villa Rica; y lo que se contenta en ellas decía que Juan de Escalante, que quedó por agnaci mayor, era muerto, y seis soldados juntamente con él, en una batalla que le dieron los mejicanos, y también le mataron el caballo y a muchos indios totonaques que llevó en su compañía, y que todos los pueblos de la sierra y Cempoal y su subieto están alterados y no les quieren dar comida ni servir en la fortaleza, e que no saben qué se hacer, y que como de antes los tenían por teules, que agora que han visto aquel desbarate les hacen fieros, así los totonaques como los mejicanos, y que no les tienen en nada ni saben qué remedio tomar. Y desde que oímos aquellas nuevas, sabe Dios cuánto pesar tuvimos todos. Aqueste fue el primer desbarate que tuvimos en la Nueva España.

Miren los curiosos lectores la adversa fortuna cómo vuelve rodando. ¿Quién nos vio entrar en aquella ciudad con tan solene recibimiento y triunfante, y nos tenían en posesión de ricos con lo que Montezuma nos daba cada día, así al capitán como a nosotros, e haber visto la casa por mí memorada llena de oro, y que nos tenían por teules, que son ídolos, y que todas las batallas vencíamos, e agora habernos venido tan gran desmán que no nos tuviesen en aquella reputación que de antes, sino por hombres que podíamos ser vencidos, y haber nos fue acordado que aquel mismo día, de una manera o de otra, se prendiese Montezuma, o morir todos sobrello. Y por que vean los lectores de la manera que fue esta batalla de Juan de Escalante, y cómo le mataron a él y los seis soldados y el caballo y los amigos totonaques que llevaba consigo, lo quiero aquí declarar antes de la prisión de Montezuma, por no quedalle atrás, porques menester dallo bien a entender.

CAPITULO XCIV

CÓMO FUE LA BATALLA QUE DIERON LOS CAPITANES MEJICANOS A JUAN DE ESCALANTE Y CÓMO LE MATARON A ÉL E AL CABALLO Y A SEIS SOLDADOS Y A MUCHOS AMIGOS INDIOS TOTONAQUES QUE TAMBIEN ALLÍ MURIERON

Y es desta manera. Que ya me habrán oído decir, en el capítulo que dello habla, que cuando estábamos en un pueblo que se dice Quinhutzlán, que se juntaron muchos pueblos, sus confederados, que eran amigos de los de Cempoal, y por consejo y convocación de nuestro capitán, que les atrajo a ello, quitó que no diesen tributo a Montezuma, y se le rebelaron, y fueron más de treinta pueblos en ello: y esto fue cuando le prendimos sus recaudadores, según otras veces dicho tengo en el capítulo que dello habla. Y cuando parimos de Cempoal para venir a Méjico, quedó en la Villa Rica por capitán y agnaci mayor de la Nueva España un Juan de Escalante, que era persona de mucho ser e amigo de Cortés, y le mandó que en todo lo que aquellos pueblos nuestros amigos hobiesen menester les favoreciese. Y parece ser que como el gran Montezuma tenía muchas guardaciones y capitanías de gente de guerra en todas las provincias que siempre estaban junto a la raya dellos, porque una tenía en lo de Socunusco por guarda de lo de Guatimala y Chiapa, y otra tenía en lo de Guazacualco, y otra capitanía en lo de Mechnacán, y otra a la raya de Pánuco, entre Tuzapán y un pueblo que le pusimos por nombre Almería, que en la costa del Norte. Y como aquella guardación que tenía cerca de Tuzapán pareció ser demandaron tributos de indios e indias y bastimento para sus gentes a ciertos pueblos que tenían allí cerca o confinaban con ellos, que eran amigos de Cempoal y servían al Juan de Escalante y a los vecinos que quedaron en la Villa Rica y entendían en hacer la fortaleza, y como les demandaban los mejicanos el tributo y servicio, dijeron que no se lo querían dar, porque Malinche les mandó que no lo diesen y quel gran Montezuma no lo daban que los verían a destruir sus pueblos y llevarlos cativos, y que su señor Montezuma se lo había mandado de poco tiempo atrás. Y desde aquellas amenazas vieron nuestros amigos los totonaques, vinieron al capitán Juan de Escalante e quejánsen reclamatione que los mejicanos les vienen a robar y destruir sus tierras. Y desde